

5/49

SCIENCES ECONOMIQUES ET POLITIQUE ECONOMIQUE

(Ciencias Económicas y Política Económica)

Texto taquigráfico de la Conferencia pronunciada por el ilustre ingeniero **Mr. HENRI DE LOVINFOSSE** en la **Academia de Ciencias Económico-Financieras**, el día 20 de abril de 1949 con motivo de su admisión en la misma, como Académico correspondiente para Bélgica

SCIENCES ECONOMIQUES ET POLITIQUE ECONOMIQUE

(Ciencias Económicas y Política Económica)

Texto taquigráfico de la Conferencia pronunciada por el ilustre ingeniero **Mr. HENRI DE LOVINFOSSE** en la **Academia de Ciencias Económico-Financieras**, el día 20 de abril de 1949 con motivo de su admisión en la misma, como Académico correspondiente para Bélgica

VISION DEL MUNDO DE NUESTROS DIAS

El mundo entero nos ofrece el espectáculo de una monstruosa paradoja. Mientras los medios de producción y las facilidades de cambio se han multiplicado desde hace más de un siglo en proporciones asombrosas, inmensas masas humanas permanecen presas de la inseguridad, de la miseria, de la esclavitud y de la guerra. El progreso material en lugar de servir al hombre, se ha vuelto contra él.

Veamos el balance de la crisis de nuestra civilización descrito en unas frases impresionantes por el eminente economista de la Universidad de Ginebra, el Profesor Doctor Wilhelm Röpke:

“Dos guerras mundiales durante una sola generación, dos cataclismos de los cuales uno más apocalíptico que el otro y un tercer cataclismo que amenaza sociedades altamente civilizadas, destruidas por revoluciones, inflaciones, esclavitud de los hombres, pasiones desencadenadas; crueldades sin límites, odios sin piedad; masas de miserables, parados, fanáticos, hombres desarraigados y transportados como ganado; demagogia por arriba y credulidad por abajo; un mundo sin fe, sin el sentido de los valores inquebrantables, sin convicciones profundas y razonables; intelectuales en completo extravío, la majestad del derecho arrastrada por el lodo, la libertad pisoteada en gran parte del mundo, la verdad prostituída, el lenguaje traicionado por la mentira; la destrucción en gran parte del mundo de las fuerzas reguladoras de la vida económica y, en consecuencia, todos los absurdos económicos y sociales que conducen a una miseria inaudita y provocan al buen sentido. El egoísmo desvergonzado de los grupos y el apetito voraz de los saurios entre los Estados. Completad a placer esta lista espantosa, y añadid todos los detalles que los periódicos nos presentan cada día. Haced un balance sincero del mundo de hoy, y llegaréis a la conclusión que la invasión de los bárbaros, viniendo ya no del exterior, sino del propio seno de las naciones del Occidente, que esa sombría visión de Frederic Le Play, el gran sociólogo francés del siglo XIX, se ha convertido en triste realidad. Ya no podemos poner en duda que detrás de la apariencia de las grandes palabras

y detrás de una organización precisa de la sociedad, se produce un retorno de nuestra civilización a la barbarie que tiene una semejanza angustiosa con ese otro retorno a la barbarie que puso fin al mundo antiguo, con la diferencia que en medio de este derrumbamiento los recursos morales que sostienen la sociedad, lo que llamamos el progreso técnico y científico nos ha provisto de medios de destrucción que los antiguos hubieran atribuído solamente a los dioses. De nuevo nos hemos convertido en bárbaros civilizados, salvajes provistos de radio, lanza llamas, tanques y ahora de bombas atómicas, o quizás de armas peores todavía.”

Esa trágica incoherencia de la situación actual, se muestra hoy a los espíritus menos avisados. Todo el mundo siente que vivimos en lo absurdo y que “eso no puede durar”. Mas, si todo el mundo está de acuerdo para criticar el estado de las cosas en que vivimos, pocos son los hombres que saben concebir y proponer una solución eficaz.

DE COMO PIENSAN MUCHOS HOMBRES

Numerosos contactos con hombres de todas las clases me han llevado a clasificar sus reacciones en tres categorías.

1.º *Los que no creen en ningún remedio.* — Piensan que nuestro porvenir está dominado por una fatalidad histórica a la cual ninguna fuerza humana puede oponerse. Según ellos, la evolución de la humanidad está sometida a ciclos ineludibles: a un período de expansión liberal debe sucederle una fase de restricción y de colectivismo, tan necesariamente como la noche sucede al día o como el invierno sucede al otoño. Sublevarse contra esa fatalidad sería, como Josué, querer “parar el sol”. Tal actitud no es sino la traducción teórica de un reflejo de cobardía y de dimisión.

Ciertamente, la historia nos ofrece el espectáculo de un encañamiento continuo entre los efectos y las causas, pero este encañamiento, lejos de estar ajustado por leyes fijadas de antemano, es el fruto de la libertad, es decir, de la acción o la inacción de cada cual.

Todos los hombres son solidarios los unos con los otros; cada uno de nuestros actos u omisiones repercute indefinidamente sobre los demás hombres. La trama de la historia está tejida por nuestras propias manos. Y el que pretende que nada puede ser cambiado, es el que se niega a

trabajar y que espera todo del trabajo de los otros. Es fatalista porque no forma parte de las fuerzas que determinan la historia, niega la libertad porque lleva en sí un alma de esclavo. Para la hoja muerta el viento es una fatalidad absoluta; solo cuando el nadador se abandona a la corriente se convierte ésta en omnipotente.

Debemos rechazar con todas nuestras fuerzas este fatalismo perezoso. El estudio del pasado nos muestra que la historia, lejos de ser un engranaje de fatalidades, recibe el sello y la dirección de algunas voluntades fuertes. Los acontecimientos son como una cera que llevara la marea del hombre. "El género humano vive por pocos hombres", decía Julio César. Son los escogidos, las minorías activas que, en todos los tiempos, han determinado la orientación de la historia.

Si Carlos Martel, si don Juan de Austria, se hubiesen inclinado servilmente ante la fatalidad histórica, las batallas de Poitiers y de Lepanto no hubieran tenido lugar y el Islam hubiera absorbido a la cristiandad. El mero sobresalto de una voluntad libre, movida por un ideal, basta para polarizar alrededor de él las energías latentes del rebaño humano de la masa de los ejecutantes, y para cambiar el curso de los acontecimientos.

Ayer era una verdad y lo es hoy todavía. A esos fatalistas, se unen los oportunistas de todos los matices; éstos, en lugar de tomar resueltamente el contrapeso del mal, pactan con él. Incapaces de una política sana y constructiva, no tienen otra meta que la de salvar día por día los intereses particulares o inmediatos; frente a un monstruo hambriento, procuran ablandarlo mediante concesiones con la esperanza de ser comidos los últimos. Pactaron ayer con Hitler, pactan hoy con el comunismo, y su habilidad vana, su prudencia falsa, sólo conducen a agudizar el apetito del monstruo y a preparar su triunfo.

Esta política "corta de vista", fruto de dilaciones, de componendas y de medidas incompletas, definida por la célebre frase: "Después de nosotros, el diluvio", es la gran plaga de nuestra época, porque sacrifica el porvenir duradero de los hombres a la persecución de un equilibrio efímero entre el bien y el mal. La historia de todos los oportunismos nos muestra suficientemente que un tal equilibrio jamás es duradero: cuando las fuerzas del bien, en vez de comprometerse a fondo contra el mal, se contentan con buscar un compromiso con él, son las fuerzas del mal las que pesan con toda su fuerza en la balanza y prevalecen necesaria-

mente. Este es el sentido de la parábola del reino dividido contra sí mismo.

A este propósito, tenemos que señalar una forma en extremo extendida de esta negativa a servir que consiste en decir con un cierto acento de superioridad: "Oh, yo, no me ocupo de política". Hay aquí un equívoco que es preciso disipar.

Si se entiende por "hacer política", alistarse a un partido y sopor-tar ciegameute sus normas, está claro que todo hombre de corazón tiene razón de abstenerse. Pero la verdadera política es otra cosa, es buscar el interés general del cual dependen todos los intereses particulares. Ningún hombre que tenga capacidad y poder, tiene derecho a desinteresarse del porvenir de su país. En la hora en que el espectro de la miseria, de la revolución y de la guerra, amenaza nuestro más próximo porvenir, y donde sólo profundas reformas económicas y sociales pueden conjurar el peligro, preocuparse por el bien común no es solamente un deber, es una necesidad urgente. Porque la suerte de nuestras personas y de nuestras familias está ligada a la suerte de la nación. Hasta el simple egoísmo ordena el sacrificio; más que nunca la palabra de la Escritura: "¡Desgraciado del hombre solo!" aparece en su terrible realidad.

2.º Al lado de este fatalismo (esta palabra no es más que una traducción halagadora de la impotencia) tenemos los que creen en un remedio puramente científico. Esos se imaginan que la reforma de la sociedad depende de un fórmula científica elaborada por economistas y sociólogos. También ésta, es una solución perezosa que elimina el esfuerzo directo y creador de cada cual, la adaptación al tiempo, al medio y a las circunstancias, que son la señal de toda auténtica reforma. Importa, aquí, no confundir ciencia económica y política económica. Esta se basa en la sabiduría mucho más que en la ciencia. La ciencia confirma los hechos y establece las leyes; pero, como a tal, es radicalmente neutra con respecto al bien y al mal: según el uso que el hombre hace de ella, puede provocar lo mejor o lo peor. Que construyan herramientas para servir a su prójimo, o armas para matarlo, los ingenieros hacen uso de las mismas leyes mecánicas. Nunca los sabios han podido asegurar la felicidad de la humanidad. Todos conocemos admirables hombres de ciencia que carecen del más elemental sentido práctico de la vida y se muestran enteramente incapaces de equilibrar su vida personal y la de su

hogar. ¡Y es a esos hombres, que no saben dirigirse a sí mismos, a los que quisiéramos confiar la dirección del mundo!

La solución que les propondré no será, pues, una solución científica, sino una solución humana. Será sencilla en sus principios, pero pedirá para encarnarse en los hechos, mucha inteligencia, fuerza y previsión. Todas las fórmulas de salvación son fáciles de expresar (¿qué más sencillo que hablar de amor, de sacrificio y de unión?), pero exigen, para obtener frutos verdaderos, la entrega de todo nuestro ser.

Sé que una receta universal que dispensase al hombre de esta entrega, sería más fácilmente aceptada. Pero la experiencia nos ha enseñado ha tiempo, que esas soluciones puramente científicas que descuidan lo que hay de más humano en el hombre y en la sociedad, siempre han agravado el mal que pretendían curar.

Escuchemos lo que dice Gustave Thibon en su libro *Diagnósticos*: "Para conjurar las diversas crisis, para salvar a la sociedad, se proponen remedios rápidos y violentos (nacionalización, moneda "fondante" (*), autarquía económica, etc., sin hablar de la guerra en la cual todo el mundo piensa en silencio). Esos remedios dan fiebre a las naciones. Fiebre consuntiva, ¡ay! y no reactiva, que, en vez de barrer las impurezas, destruye las reservas. Las naciones buscan la salvación en lo que las mata. Cada ensayo innovador representa un latigazo que comunica al organismo colectivo un vigor ficticio al precio de la consunción de una reserva vital".

3.º Otros, en fin, solo creen en un remedio material y brutal, de orden quirúrgico, si así puede llamarse. He oído contar, por ejemplo, que en los E. U. A., personas influyentes no encuentran mejor solución para nuestras dificultades que el desencadenamiento de una guerra preventiva contra Rusia. ¡Qué locura! Es posible que un día estemos obligados a luchar contra los rusos. Pero suponiendo que obtengamos la victoria, ¿sería esa victoria una solución? La guerra, por definición, no es constructiva. El ejemplo del último conflicto es muy significativo a ese respecto. Lo mismo que los adversarios de Napoleón, para vencerlo, tuvieron que adoptar y generalizar sus métodos y sus abusos (el servicio militar obligatorio en particular), del mismo modo, solo hemos podido vencer a Hitler empleando en parte sus propias armas: endurecimiento de las nacionalidades,

(*) Que progresivamente pierde su valor.

generalización de las costumbres policíacas, etc. ¡Que se piense a qué grado de totalitarismo estatal la lucha contra el estatismo ha conducido a países como Francia e Inglaterra! Con mucha razón se ha podido decir que Hitler era el vencido material y el vencedor moral de la guerra. ¿No sería acaso, peor con Rusia? ¿Dónde estaría la ventaja si, para combatir el comunismo, fuera preciso, bajo otro nombre, contraer todos sus defectos?

Estos espíritus simplistas olvidan que sólo se destruye eficazmente lo que se reemplaza. La verdadera victoria no consiste en destruir, sino en hacerlo mejor. El comunismo no es más que un síntoma; sólo puede desarrollarse en un organismo social viciado y no sirve de nada atacar los síntomas, si no se suprimen al mismo tiempo las causas del mal. En verdad, ya estamos en guerra contra el comunismo — y bien podemos confesarlo — en esta guerra fría, no tenemos la superioridad. Los comunistas tienen una doctrina fija: nosotros solamente tenemos soluciones de oportunidad, siempre inestables. Ellos luchan por una fe: nosotros sólo defendemos intereses inmediatos y dispersos.

Faltas de una doctrina constructiva capaz de reunir alrededor de ella el entusiasmo de los jefes y de las multitudes, y que eliminara el comunismo, suprimiendo las miserias y las injusticias que constituyen su terreno de elección, las naciones occidentales se hallan reducidas a pactar cobardemente con el adversario realizando ellas mismas una parte de su programa destructor: procuran impedir la irrupción del torrente totalitario destilando prudentemente y a cuenta gotas un totalitarismo edulcorado. ¿Acaso Inglaterra, Francia, Italia, España y los E. U. A. no se han contentado, en el curso de estos últimos años, con seguir a *pasos cortos* un adversario que es menester exceder en velocidad?

MANERA DE PODER CONTRIBUIR AL BIEN COMUN

Tal es el balance negativo de un mundo que se abandona. Sería demasiado fácil —otras muchos ya lo hicieron— exponer un inventario más preciso y más detallado de nuestros males demasiado reales y de los pseudo-remedios que todavía lo agravan. Es tiempo de proponer una solución humana y constructiva.

El anti-comunismo parece ser hoy el centro de reunión de todos los espíritus preocupados por la libertad y por la paz. ¡Ah!, pero no basta

—y la historia de lo que se ha llamado las “Resistencias” después del último conflicto lo prueba bastante— unirse *contra* algo; es preciso todavía y sobre todo unirse *para* algo. Esta retirada en la defensiva ha sido siempre el arma de los débiles; los fuertes no se limitan a resistir: atacan. El día en que hayamos integrado nuestros principios cristianos de respeto del hombre y de caridad en una doctrina dinámica cuya aplicación nos traiga el equilibrio, la prosperidad y la concordia, ya no tendremos miedo a la quinta columna soviética, puesto que la habremos despojado de sus propias armas. Sólo las ideas, servidas por la fe y la acción, pueden conseguir victorias duraderas.

Vamos a buscar juntos la naturaleza y las modalidades de aplicación de esta doctrina.

No me acusen de materialismo porque sólo les hable de nuestras dificultades económicas. Demasiado sé que la felicidad del hombre nunca será realizada por la sola prosperidad material y que ella implica ante todo el desarrollo de nuestras facultades espirituales. Pero les contestaré con Santo Tomás que un mínimo de armonía económica es necesaria, para la mayoría, para el ejercicio de la virtud. Y más todavía, es imposible realizar ese mínimo de armonía económica sin la ayuda de la virtud. Porque si los intereses particulares pueden estar en oposición con la moral, en cambio, los intereses materiales generales de la humanidad coinciden necesariamente con ella. Un individuo puede tener un interés inmediato en robar a su prójimo, pero, si todo el mundo roba, los intereses materiales de todos están comprometidos. ¿Observar los principios del decálogo, no es el único medio de asegurar el equilibrio, incluso el material, de la sociedad?

No se trata pues de materialismo; se trata, por el contrario, de discutir la materia a los materialistas. Únicamente una moral bien comprendida nos puede permitir vencer a los materialistas en su propio terreno. Sin el respeto de los imperativos espirituales, ningún triunfo material podría ser general ni duradero. El primer efecto del materialismo es arruinar la materia misma: así como el goloso se daña el estómago y goza cada vez menos de los alimentos, lo mismo la economía entregada a sí misma sin ninguna preocupación de moralidad, de hecho conduce a la crisis y a la miseria generales, como ya lo han demostrado los diversos materialismos económicos de tipo liberal o colectivista. ¿Cómo se podrían producir en abundancia y distribuir con equidad los bienes necesarios al hombre, si

a la base de esta producción y de esta distribución no se colocasen las virtudes de orden y de justicia? La acusación de materialismo cae por sí misma, puesto que el orden económico está indisolublemente unido al orden moral.

Dicho esto, ¿qué camino habremos de seguir para realizar ese bien común que coincide con el interés bien comprendido de cada cual?

Dos conceptos extremos se reparten hoy los espíritus. El primero se inspira en el liberalismo del último siglo: busca el bien común en la libertad de la producción y del cambio y en la competencia que resulta de ello. El otro, de inspiración colectivista, acusa al liberalismo el haber instaurado la ley de la selva y busca la salvación confiando al Estado la dirección de la actividad económica de la nación.

Rechazamos aquellas dos soluciones por lo que tienen de extremo y de exclusivo.

De la vieja ideología liberal conservamos las nociones de libertad, de responsabilidad y de concurrencia, pero rechazamos la competencia anárquica que con harta frecuencia tiende a favorecer a los mejor armados y a los astutos en detrimento de los más débiles.

Del socialismo retenemos la idea de control de la producción y del cambio. Pero no queremos que ese control sea ejercido por el poder político que, con su centralización, su anonimato, su favoritismo y su derroche multiplica los males que pretende curar.

Acusamos al viejo liberalismo de haber falseado las leyes del mercado tratando al trabajo como una mercancía y favoreciendo la concentración anónima de la producción y de los capitales, que suprime la competencia vital. Y al socialismo reconvenimos el haber llevado a la suprema expresión los males de ese liberalismo que ha traicionado la libertad.

En verdad, queremos conservar la libertad de empresa, el sentido del esfuerzo, de la responsabilidad, del riesgo y de la competición. Pero esta competición queremos purificarla transformando la lucha por la vida en prosecución del bien común. Queremos conservar el espíritu deportivo y suprimir la ley de la selva.

No sería cuestión de dejarlo todo siguiendo su curso y dejar que todo pasara abandonándose a las solas fuerzas de la naturaleza como lo procuraron los primeros liberales. Porque la naturaleza trae mezclado el bien y el mal; lleva en sí fuerzas de amor y de concordia lo mismo que

fuerzas de egoísmo y de dispersión. Debemos luchar —es una ley esencial de la vida— contra las fuerzas del mal que destruyen, y desarrollar las fuerzas del bien que vivifican. La tierra, por sí sola sólo produce, según la palabra de la Escritura, zarzas y malezas. Es preciso trabajar e injertar los árboles para que den flores y frutos, y lo que es verdad para la naturaleza material lo es mucho más para la sociedad. “Es tan insensato —en cualquier materia humana y con mayor razón en materia social— abandonar la naturaleza a sí misma como el luchar contra la naturaleza”, escribe Gustave Thibon en su libro *Diagnósticos*.

Por lo demás, la libertad por sí misma no constituye un ideal absoluto. No se trata de ser libre para hacer cualquier cosa; se trata de ser libre para practicar el bien. Ningún hombre de espíritu sano considera como una manifestación válida de su libertad el hecho de saltar del quinto piso o robar a su vecino. El bien común marca la meta y los límites de la libertad individual. Para que la masa de los hombres pueda gozar del máximo de libertad, es menester que cada individuo se imponga un mínimo de sujeción. Sin código de circulación y sin policía, el hombre prudente no podría salir en coche; la carretera solo pertenecería a los conductores desaprensivos.

LA POLITICA DEL MERCADO

Nuestra política económica tiene que inspirarse en estos principios. Todo el problema consiste en organizar la libertad de la producción y del cambio en vista del interés general.

¿Qué tenemos que producir? Sin duda alguna, utilidades económicas. ¿Pero quién determinará la utilidad de las cosas producidas? Será el Estado para las cosas necesarias a la vida en común: las carreteras, los canales, los edificios públicos, los museos, etc., pero todo esto sólo puede comprometer una parte de la actividad económica del país. Es preciso también proveer a los hombres de lo que responde a sus necesidades particulares y estas últimas son necesariamente subjetivas. Unos necesitan alimentos y vestidos, otros prefieren distracciones, obras de arte, libros, viajes, etc. Por ende, la producción debe adaptarse a las necesidades y a los deseos de los consumidores. A éstos y no al Estado pertenece determinar la cantidad y la calidad de los bienes producidos. Los deseos del

consumidor varían, no solamente según la edad, el clima, la región, las costumbres, la profesión, sino también según las personas mismas. Al contrario del animal que se puede clasificar según tipos bien definidos, alimentar y mantener conforme a métodos científicos, cada hombre tiene una personalidad que no acepta la organización del rebaño. El mínimo vital en una misma ciudad, en una misma época, varía no solamente según la edad y la profesión, sino también según los individuos; ¿qué decir entonces de la diversidad y de los deseos de los consumidores una vez que las necesidades esenciales están satisfechas? Es contrario a la naturaleza humana exigir que los hombres satisfagan de un modo más o menos idéntico sus necesidades legítimas de consumo. Una política de racionamiento, aunque sea muy abundante, es contraria a la naturaleza. Por otra parte, sólo en tiempos de esclavitud o durante períodos de gran penuria, ha existido el racionamiento. El gregarismo material tanto como el moral han de ser rechazados sin piedad.

Ahora bien, ese deseo del consumidor solo puede ser expresado mediante el mercado. Si el Estado impone una producción, impone al mismo tiempo el consumo. En una economía del mercado, la producción está regulada según la oferta y la demanda que se manifiestan en la estructura y las fluctuaciones de los precios del mercado.

Es el consumidor mismo que se manifiesta en lo que le parece lo más oportuno para la satisfacción de sus necesidades. Es él quien tiene prioridad sobre el productor y quien determina la producción. De este modo la economía del mercado permite a cada individuo hacer valer sus preferencias, e incita a los productores a responder lo mejor posible a las exigencias de los consumidores, mediante una adaptación más precisa de la producción y mediante una competencia mutua en vista de ganar el favor de los consumidores. “El mercado —dice el economista Louis Mises— es una democracia en la cual cada céntimo da poder para votar”.

Con el fin de producir el máximo de utilidades económicas, es preciso favorecer y recompensar a cada cual a prorrata de los servicios prestados. La política económica del mercado es la única capaz de promover y armonizar a la vez la producción máxima y la más justa repartición posible.

Buscar la justicia infalible es querer exceder nuestra capacidad humana. Es fácil censurar algunas injusticias y errores, así como aumentarlas desmesuradamente, para condenar todo un sistema. Una aprecia-

ción sana y justa exige el balance total, comparando el conjunto de las ventajas y de los inconvenientes. "Lo mejor es enemigo de lo bueno" dice con mucha verdad el proverbio. Así por ejemplo los resultados deportivos lo mismo que los escolares no nos dan la clasificación exacta entre los competidores, y, sin embargo, nadie exige su supresión, sino que, por el contrario, todo el mundo se inclina.

La eficacia del esfuerzo humano no solamente depende de los inventores, de los sabios, de los técnicos, que hallan nuevos procedimientos, nuevos métodos, que aumentan las posibilidades científicas y técnicas, sino que, también, y sobre todo, de los que dirigen, es decir, que previenen, organizan, mandan, coordinan y controlan.

Para obtener el máximo de rendimiento con el mínimo esfuerzo, es menester que cada hombre pueda emplear del mejor modo posible sus capacidades en el interés común. Esto sólo puede obtenerse mediante la competición, la concurrencia, que para que sea justa debe ser ordenada, vigilada y alentada. El poder adquisitivo de los realizadores solo puede aumentar sin interrupción gracias a los esfuerzos constantes de los que toman una parte de iniciativa en el proceso de la producción. Los realizadores podrán gozar del máximo de seguridad si los jefes aceptan lealmente los riesgos de la competición. El rebaño sólo puede dormir tranquilamente si el pastor vela.

El beneficio es necesario no solamente para recompensar los servicios prestados y para estimular a los hombres a dar todavía más, sino también a fin de que los capitales, con su poder de inversión y mando, lleguen, por el juego de las fuerzas naturales, a los que son más capaces de emplearlos al servicio de la colectividad.

Pero esta libertad del mercado, condición necesaria de una economía fecunda y dinámica, necesita como toda libertad humana, estar protegida contra sus propios abusos. Quien dice libertad del mercado dice también regla del mercado. El juego de la oferta y de la demanda no debe degenerar en desorden y robo; la competición implica un arbitraje que defiende los intereses paralelos de los verdaderos productores y de los consumidores contra las empresas fraudulentas.

NECESIDAD DE UN CODIGO ECONOMICO

Ahora nos queda por precisar —y aquí está el punto capital de nues-

tra exposición— la naturaleza y las modalidades de aplicación de este Código del Mercado, cuya meta sería purgar la competición de este germen de anarquía y de injusticia que ha corrompido, en el curso del siglo pasado, la expansión económica.

El problema se plantea en los siguientes términos: ¿Cómo permitir a la competencia jugar en beneficio de todos y en proporción de los méritos de cada uno?

Somos ciudadanos libres. Pero tenemos un Código civil y un Código penal que protegen nuestras personas y nuestros bienes contra la “libertad” de los malhechores.

Podemos salir libremente en automóvil, pero tenemos un Código de circulación que al limitar la fantasía de cada uno, permite la libre circulación de todos.

¿Por qué no tenemos un Código económico que regule en el mismo sentido la producción y el intercambio de las riquezas?

Este Código podría ser elaborado por las Asambleas gubernamentales, pero su aplicación pertenecería a un cuerpo autónomo de expertos y de magistrados rigurosamente independientes respecto a los intereses económicos y al poder político.

Esta nueva magistratura tendría como misión asegurar las relaciones normales y armoniosas entre la oferta y de demanda. Debería pues luchar contra todos los factores que tienden a falsar esta ley esencial del mercado.

Agruparemos aquéllas en seis puntos:

- 1.° La explotación de la mano de obra.
- 2.° Los manejos monetarios.
- 3.° La competencia desleal del extranjero.
- 4.° La competencia desleal del interior: trusts, monopolios, “holdings”, etc.
- 5.° La fiscalidad excesiva y desordenada.
- 6.° Los fraudes sobre la calidad de los productos, la publicidad engañosa, etc.

EL EMPLEO DE LA MANO DE OBRA

El problema de los salarios nos parece como el más interesante.

Notemos, en primer lugar, y en descargo del liberalismo, que el salario real, es decir, el poder de compra del obrero, ha más que triplicado entre 1830 y 1913. Desde entonces, a pesar del adelanto técnico y de la llegada al poder de los socialistas, no ha aumentado lo suficiente en Bélgica, y hasta ha bajado considerablemente en otros países.

Sin embargo no cabe duda que hasta ahora las relaciones entre el patrono y el obrero, el capital y el trabajo, nunca han sido sometidos a una reglamentación fija y equitativa, inspirada en el interés común de las dos partes. Los reajustes de salarios han sido impuestos por la presión de una competencia anárquica o por conflictos sociales. Desde hace más de un siglo, es el principio de la lucha de clases el que domina la coyuntura económica, guerra sólo de cuando en cuando declarada, pero siempre latente, y cuyas treguas momentáneas jamás han conducido a una paz verdadera.

Por una parte los que poseen el capital tienen la tendencia de considerar el trabajo —ese algo sagrado que obliga a la persona humana en cuerpo y alma— como una vulgar mercancía, un mero elemento del precio de coste, que se debe comprar lo menos caro posible, sin cuidarse de las necesidades materiales y espirituales de los ejecutantes.

Por otra parte los asalariados, armados con el poder sindical, han usado todos los medios *violentos* (huelgas, agitaciones políticas, etc.), para exigir a los patronos los más elevados salarios posible, sin mirar el bien general de la empresa y ni el de la nación.

Nada más perjudicial que esas relaciones de poder ciego entre dos miembros de un mismo cuerpo que cegados por sus intereses partidistas e inmediatos, se niegan a ver que son esencialmente solidarios unos de otros. El patrono que explota el negocio bien puede tener éxito momentáneamente, pero al restringir el poder adquisitivo de la clase obrera provoca una atrofia del mercado y un caos económico del cual tarde o temprano será la víctima. Ese es el origen de la crisis del capitalismo. Pero el obrero reivindicador, al exigir por la fuerza un alza de salarios sin relación con el nivel de la producción, desencadena, a su vez, un aumento del precio de coste de la vida y hace que esta alza sea ilusoria. Y aquí radica el origen del socialismo. En Francia, por ejemplo, el poder adquisitivo de las masas disminuye en la medida en que se aumenta el salario nominal arrancado por la fuerza por las reivindicaciones obreras. Con

razón se ha podido decir que los salarios suben por la escalera mientras que los precios toman el ascensor...

A esas convulsiones anárquicas que desequilibran la Economía, deben suceder relaciones más armoniosas, fundadas en la justicia y en la caridad. A esta lucha inhumana y agotadora entre dos organismos complementarios, es preciso substituir un intercambio *en el que las dos partes se beneficien*.

La tasa de los salarios no debe depender ni de la rapacidad de los capitalistas, ni de la agresividad de los sindicatos. El papel del poder económico consistiría precisamente en arbitrar, con la imparcialidad que le conferiría su independencia, los conflictos entre el capital y el trabajo. Los sindicatos patronales y obreros expondrían sus puntos de vista a la manera de los abogados, pero el arbitraje vendría, como en los procesos actuales, a manos de un poder extraño y superior a los intereses de las partes. A esos nuevos magistrados correspondería fijar en defensa de los intereses comunes, el salario *mínimo* según la profesión, la región, el estado del mercado, la dureza y la calidad del trabajo, etc. Además, dado el acrecentamiento continuo de la producción, ese salario mínimo debería de ser aumentado regularmente, conforme a una escala progresiva. De este modo el trabajador protegido contra la explotación y la inseguridad, y seguro de ver aumentar gradualmente su bienestar, no tendría necesidad de recurrir a esos medios violentos que son la vergüenza de nuestra organización social. Es penoso comprobar que en pleno siglo XX las relaciones sociales están todavía regidas por la ley de la selva; y tiempo vendrá, sin duda, en que nuestros hijos considerarán como fenómeno las huelgas, con el mismo espíritu que nosotros juzgamos hoy aquellas épocas bárbaras en que, en ausencia de todo arbitraje legal, los conflictos entre individuos sólo se resolvían por la fuerza.

Pero a partir de ese mínimo fijado de antemano, que garantiza la seguridad de todos, la ley de la oferta y de la demanda, que es también la ley de la vida, debe poder jugar libremente en el "mercado" del trabajo. Dicho de otro modo: si la base de los salarios debe permanecer estable, su alcance debe de ser indefinidamente movable, o sea: un mínimo vital, la igualdad en la base, y la variabilidad en la cima. Querer como se hace hoy fijar el salario máximo es operar la nivelación por abajo y agotar el espíritu de empresa y de iniciativa. ¿No es absurdo —y contrario a los prin-

cipios más elementales de la selección natural— que un patrono más activo o más hábil que los otros no pueda aumentar el salario de sus obreros sin desencadenar en las otras empresas todo un movimiento de reivindicaciones y de huelgas? Además, toda alza de salarios provocada por circunstancias excepcionales constituye hoy un precedente peligroso, a partir del cual no es posible volver atrás. Es esta amenaza la que impide hoy a los jefes de empresa mejorar conforme a las posibilidades del mercado y a la calidad de las personas, la suerte material de sus colaboradores, puesto que la fijación del salario máximo se le transfiere automáticamente en salario mínimo. Únicamente la elasticidad de los salarios, a partir de un mínimo vital garantizado a todos y fijado lo más alto posible, permite adaptar continuamente el salario del obrero al nivel de la producción y al grado de prosperidad del mercado.

Nada pues más contrario al dinamismo de la vida económica que la fijación de los salarios máximos. Cada jefe de empresa debe tener el derecho de rodearse de los mejores colaboradores retribuyéndoles lo mejor posible; cada trabajador debe poder ofrecer sus servicios al que mejor los recompense. Esta flexibilidad de lazos entre el capital y el trabajo daría por resultado agrupar los mejores ejecutantes en derredor de los mejores jefes y desarrollar al máximo, para el mayor bien de la colectividad, las virtudes de iniciativa y de emulación.

LOS MANEJOS MONETARIOS

Estas consideraciones nos llevan naturalmente a examinar el segundo factor de la perturbación del mercado: los manejos monetarios. Está claro que a todo aumento de salario nominal debe corresponderle un aumento del salario real, es decir, del poder adquisitivo del trabajador. Ahora bien, este resultado sólo puede ser obtenido mediante la existencia de una moneda sana y estable, que garantice la estabilidad de los precios. No ignoramos ninguno de los inconvenientes del patrón oro (pesadez, rigidez, etc.), pero no vemos mejor medio de asegurar el equilibrio y la continuidad de la vida económica, sobre todo en una época en que los Estados están siempre tentados de velar sus derroches y de esquivar sus dificultades haciéndose falsificadores de moneda. Puesto que — hay que tener el valor de decirlo — el Estado, mucho más que

los poseedores del capital, se muestra el gran explotador de las masas trabajadoras; sus manipulaciones monetarias arruinan el poder adquisitivo de los trabajadores y devoran las reservas de los que ahorran; favorecen la fiebre especulativa, y las sauecidas violentas que desorganizan el mercado; frenan la expansión económica y el bienestar general haciendo casi imposibles los intercambios entre naciones provistas de monedas diferentes. Digamos en voz alta que el aumento real de los salarios tiene por condición un aumento paralelo de la producción de las riquezas y por garantía la fijeza del patrón monetario que permite el intercambio de esas riquezas. Toda alza de salarios que no tenga en cuenta esos dos principios constituye una maniobra tan vana como pueril: al provocar la inflación monetaria desplaza y agrava el mal que quisiera curar. Porque el hombre vive de bienes reales; no se alimenta de un papel moneda cuya relación con los bienes reales se distancia indefinidamente. Estamos un poco avergonzados de vernos obligados a recordar verdades tan elementales.

LA COMPETENCIA DESLEAL DEL EXTRANJERO

La competencia desleal del extranjero, que se traduce, ora por la multiplicación de barreras aduaneras injustificadas, ora por operaciones de *dumping*, constituye una traba no menos importante para la libertad y fecundidad de los intercambios. El nacionalismo económico por el cual cada país procura, por medios artificiales y en detrimento del interés general, defender sus propios mercados y conquistar los mercados extranjeros, se halla en la base de todas las crisis —y hasta de las guerras!— que han trastornado nuestra época.

Condenamos resueltamente el *dumping* a no ser en ciertos casos muy precisos de legítima defensa con respecto al *dumping* extranjero. En cuanto a las barreras aduaneras su función debería consistir en proteger a los productores de cada país, no contra una competencia justa, sino únicamente contra la competencia desleal del extranjero. Se concibe muy bien, por ejemplo, que se grave con derechos de aduanas especialmente estudiados para cada caso las mercancías que provienen de país donde el precio de la mano de obra es anormalmente bajo, es decir, que se encuentran colocados en una situación injustamente privilegiada.

Es normal también que cada nación proteja durante un cierto tiempo sus industrias nacientes contra la competencia de un país plenamente equipado en el mismo ramo. Pero estas barreras aduaneras tendrían que disminuir gradualmente a medida que la paridad de los salarios y de los equipos tendieran a estabilizarse. Así se estimularía a la vez, para el mayor bien de todos, la justicia social y de emulación sana. En resumen: los derechos aduaneros deben jugar contra la injusticia pero no contra las ventajas naturales o el espíritu de iniciativa de los productores extranjeros. Lo mismo que las compañías de electricidad no deben estar protegidas contra la "competencia desleal del sol", por lo mismo no tenemos que sancionar a los españoles porque su suelo más elemente les permite producir y exportar naranjas y vinos selectos. En el sistema que proponemos se podría volver, por escalones sucesivos, a medida que desaparecieran las condiciones desleales y anormales del mercado actual, a la libre circulación de los productos de la naturaleza y de la industria.

LA COMPETENCIA DESLEAL EN EL INTERIOR

Nuestros conceptos se oponen igualmente a la competencia desleal del interior, es decir, a la formación de trusts, monopolios, "ententes", etcétera, cuyo poder y exclusivismo falsean la regla elemental del mercado que es la de la libre competencia. Semejantes concentraciones son a veces necesarias hoy para proteger tal o cual otra rama de la producción contra una competencia ilegítima del extranjero o contra las usurpaciones del Estado; pero en una economía sancada pierden toda su razón de ser.

Una política sana del mercado debe proteger a las empresas pequeñas y medianas contra aquellos organismos gigantes. Bastaría, por otra parte, para alcanzar esa meta, volver a las condiciones normales del mercado. Los trusts, los monopolios, solo pueden subsistir por medios anti-económicos por excelencia, que son, ante todo, la eliminación de la competencia y la *entente* con los poderes políticos.

En un mercado verdaderamente libre, esos poderes anónimos, handi-capados por su rigidez, su papeleo, sus gastos generales y su derroche, se encontrarían en una situación desfavorable con respecto a las empresas pequeñas más fáciles de dirigir y de controlar y donde la relación entre los jefes y el personal favorece la iniciativa y la producción y re-

duce al mínimo el parasitismo. Así estaría resuelto en parte el problema de la descentralización económica: la sana libertad del mercado al extender a un mayor número de individuos el sentido del riesgo, de la responsabilidad, de la ayuda mutua, favorecería por una parte la producción y por otra haría evolucionar las condiciones del trabajo en un sentido más acorde con la dignidad del ser humano.

INTERVENCION FISCAL EXCESIVA Y FRAUDES EN LA CALIDAD DE LOS PRODUCTOS

La fiscalidad actual, a la vez abusiva y desordenada, introduce en el mercado otro elemento de desequilibrio.

Está claro que el Estado necesita dinero y que sólo se lo puede procurar mediante los impuestos. Pero no hay que olvidar que toda suma extraída por el Estado está sustraída al consumo general. Y cuanto mayores sean las necesidades del Estado, tanto más el equilibrio del mercado está amenazado, puesto que la ley de los grandes números, que regula el juego normal de la oferta y de la demanda, ya no juega allí donde el Estado se hace productor y consumidor. Una economía sana exige, pues, que el Estado intervenga lo menos posible en la vida económica de la nación. Su papel debe limitarse a asegurar algunos servicios públicos esenciales (justicia, ejército, policía, medios de comunicación, etc.). Donde quiera que el mercado privado pueda jugar su papel, el del Estado es deber primordial abstenerse.

Esta limitación de los poderes y de las intromisiones del Estado, al liberar el mercado de las trabas y del parasitismo de una fiscalización agobiadora, estimularía el dinamismo de las empresas privadas fundadas en la responsabilidad y en el riesgo y contribuiría por eso al bienestar general.

Es facilísimo enderezar el balance negativo de la fiscalización actual que se presenta en todos los aspectos como una obra maestra de incoherencia y de absurdidad.

Hemos dicho que era excesiva. ¿Quién pretendería que los diez mil francos sacados de media por el Estado a cada belga encuentra su contrapartida en servicios reales? El presupuesto del Estado belga, aumentado con los impuestos en favor de las leyes sociales, ha excedido en 1948 los 85 mil millones para una población de 8 1/2 millones de habitantes.

En segundo lugar es demasiado complicada. La recaudación de los impuestos exige el reclutamiento de un ejército de funcionarios parásitos y cuesta unos mil millones al año. Y por parte de las empresas privadas, el derroche no es menos, ya que una parte de su personal, en vez de entregarse a un trabajo productivo, pasa el tiempo debatiéndose en el barullo del papelco fiscal.

Por último es inmoral. Los impuestos sobre las rentas, los beneficios, las sucesiones, etc., pesan casi exclusivamente sobre los que por su espíritu de iniciativa y de ahorro más han contribuido a la prosperidad de la nación. El Estado-Providencia es inexorable para los ciudadanos laboriosos y honrados y reserva todas sus caricias para los parásitos y para los derrochadores. El jefe de una empresa pequeña, que trabaja día y noche a través de mil dificultades y hace vivir a algunos artesanos, sucumbe bajo el peso de los impuestos, mientras que el parásito, el incapaz, es ayudado automáticamente por el Estado. Además, una fiscalización tan injusta engendra necesariamente el fraude, y cosa más grave todavía, favorece al que comete el fraude. Desde el asegurado social que explota a fondo una enfermedad benigna o ficticia, hasta el jefe de una empresa que disimula la mayor parte de sus beneficios, el máximo de ventajas recae sobre el que hace trampas. El productor, el hombre honrado, están castigados al prorrato de sus méritos; el holgazán, el que comete el fraude, está recompensado en función de su pereza o de su falta de honradez. ¡Y es el mismo Estado —cuya función normal es ser el guardián de las buenas costumbres— que da esa prima a la inmoralidad!

Creemos que esos impuestos complicados e inmorales podrían ser reemplazados ventajosamente por un derecho sobre las materias primas (minerales, carbón, etc.) y sobre los productos de importación (algodón, lana, petróleo, etc.). El aparato fiscal estaría así extremadamente simplificado —lo que permitiría devolver a la producción un gran número de funcionarios del Estado y de empleados de las empresas— y las posibilidades de fraude se reducirían prácticamente a cero— lo que devolvería al mercado ese clima de moralidad que las medidas de defensa propia contra el vampirismo del Estado compromete hoy día con tanta gravedad.

A los que protesten en interés de los débiles y de los vencidos de la vida contra esa limitación de los poderes del Estado, contestaremos con Lord Acton que “la sociedad se convierte en infierno en la medida en que

se le quiere convertir en paraíso”, y que el mito del Estado-Providencia bastantes desastres y ruinas ha provocado ya, para que se le pueda condenar sin prejuicios. De todas partes, asistimos a la quiebra del Estado-asegurador, del Estado-industria, del Estado-comerciante, etc.

Aunque traiga consigo alguna injusticia, bueno es que los individuos no estén tentados de descargar sobre el Estado sus responsabilidades personales y que los incapaces y los perezosos no estén asegurados automáticamente contra sus propios desfallecimientos. De todas formas, en una sociedad tal cual la concebimos, el bienestar que traería el aligeramiento de las cargas fiscales y el alza de la producción suprimiría en gran parte las miserias que el Estado moderno procura aliviar mediante su falsa beneficencia, pero que mantiene mediante un verdadero parasitismo. Además de esto, las comunidades naturales (familia, empresas, grupos profesionales y locales, etc.), fortalecidos material y moralmente por el retorno a los intercambios privados, podrían asumir, de un modo infinitamente más directo y más humano, la misión de asegurar y socorrer a sus miembros desheredados que hoy sólo dependen de una burocracia anónima y helada. ¿Acaso no degrada al ser humano el esperarlo todo del Estado y ver sustituir una asistencia abstracta y automática a la ayuda mutua que un prójimo y prójimo?

El tiempo nos falta para extendernos sobre los demás procedimientos de competencia desleal, como por ejemplo: el fraude sobre la calidad de los productos, las publicidades engañosas, etc. Tales hechos podrían ser fácilmente reprimidos mediante la apelación de los competidores o de los consumidores perjudicados al poder arbitral del que hemos hablado. Aquel, asistido por expertos calificados e independientes, tendría por misión defender la competencia sana y leal contra los que cometiendo fraudes abusaran de la ignorancia o de la buena fe de los consumidores.

TODOS DEBEMOS CONTRIBUIR AL BIENESTAR GENERAL

Daremos término aquí a nuestra exposición. Muchos detalles quedan todavía por aclarar y contamos con su colaboración para precisarlos. No pretendemos que la solución propuesta baste para realizar una edad

de oro económica. Demasiado sabemos que la perfección no es de este mundo y que siempre aquí en la tierra subsistirán imperfecciones e injusticias. Solamente creemos que nuestro sistema es el que se adapta menos mal a las necesidades de la hora presente y que nos permite insinuar con más probabilidades de éxito la solución de los cinco problemas vitales a los cuales la masa contemporánea da con razón tanta importancia:

Los salarios reales.

Las condiciones del trabajo.

Las posibilidades de elevarse en la escala social.

El respeto de la dignidad humana.

La seguridad.

No ponemos ninguna vanidad personal en nuestro intento de contestar a estos cinco problemas primordiales y acogeremos con simpatía todas sus sugerencias y sus críticas. Lo que importa aquí, ante todo, es la preocupación del bien común del cual todos somos tributarios y responsables y que exige, para realizarse, la colaboración leal y desinteresada de cada uno de nosotros.

Es urgente que termine. He sometido su atención a prueba. Tanto mejor si esto les parece sencillo en sus principios y recuerden entonces este pensamiento del gran sociólogo Peguy: "Es lo propio del genio proceder por las ideas más sencillas; solamente en tiempos ordinarios las ideas sencillas vagabundean alrededor nuestro como fantasmas de ensueño. Cuando una idea sencilla toma cuerpo, es una revolución".



